

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/277259932>

Política «qua experticia»: Élités intelectuales, tecnocracia, «think-tanks»

Article · July 2009

DOI: 10.15446/cp.v4n8.16210

CITATIONS

4

READS

52

1 author:



José Francisco Puello-Socarrás

Escuela Superior de Administracion Publica

57 PUBLICATIONS 153 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Habilidades Comunes de Gobierno en Colombia (2000-2016). Formas de gobierno y administración desde abajo. Un análisis comparativo de la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra (ACVC) y la Asociación Campesina del Catatumbo (ASCAMCAT) [View project](#)

Política «qua experticia» Élites intelectuales, tecnocracia, «think-tanks»

JOSÉ FRANCISCO
PUELLO-SOCARRÁS

Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en administración pública y actualmente estudiante del Doctorado en Ciencia Política en la Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires). Ha sido catedrático de la carrera de Ciencia Política en la Universidad Nacional. Miembro del Grupo Interdisciplinario de Estudios Económicos y Políticos Theseus de la misma universidad y de la Corporación ConCiencia Política. Investigador de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISYP) - Buenos Aires. Perteneció al Grupo de Trabajo de CLACSO "El Bicentenario Latinoamericano: Dos siglos de revoluciones a la luz del presente". josephco@yahoo.com

Una versión del presente ensayo bajo el título: "El poder de los intelectuales" fue presentado en la II Jornada de Estudios Políticos "La política en la Argentina actual: nuevas formas de pensar viejos problemas", promovida por la licenciatura de Estudios Políticos y el Instituto de Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Provincia de Buenos Aires, 12 y 13 de noviembre de 2008.

Resumen

El papel de la experticia es una importante problemática tanto para la teoría política como en las teorías de las políticas públicas, hasta el punto de llegar a convertirse en objeto de un apasionado debate. Las diferentes maneras de analizar sus efectos teóricos y concretos, sin embargo, todavía exhiben ciertas ambigüedades. Diferentes aproximaciones se refieren a distintos modos y modalidades de la llamada “política de la experticia”. Este artículo intenta ofrecer algunas indicaciones sobre cómo considerar este fenómeno y sus principales desafíos, sugiriendo un marco conceptual definido en torno a la noción de “élites intelectuales”.

Palabras clave: élites, intelectuales, experticia, tecnocracia, política.

Abstract

The role of expertise is a main issue both in politic and public policy process theories and it has become ultimately the object of passionate debate. However, the multiple ways of analyzing theoretical and concretes effects still shows several ambiguities. Different approaches refer to various modes and modalities of the so-called ‘politics of expertise’. This article attempt to offer some keys about how consider this phenomena and his core challenges suggesting a conceptual framework about the notion of ‘intellectual elites’.

Key words: elites, intellectuals, expertise, technocracy, politics.

La política de la experticia

A principios del siglo pasado Thorstein Veblen, economista y teórico social, quien anecdóticamente ha sido reseñado como el padre del institucionalismo moderno (o comúnmente denominado “americano”) divulgaba una de sus obras menores, *The higher learning*. Este trabajo llevaba por subtítulo: *A memorandum on the conduct of Universities by Business Men*. La publicación, redactada dieciocho años antes, mantenía la rúbrica intelectual que caracterizaba el tono irónico, tradicionalmente profundo y brillante de Veblen. Allí resaltaba con gran fuerza una “generalización antropológica” –de hecho, una constante a lo largo del pensamiento vebleniano– que parecía consolidar célebremente el lugar de la universidad en la vida moderna de la sociedad contemporánea:

En todas las civilizaciones conocidas existe un cuerpo de conocimiento esotérico que varía característicamente de una cultura a otra respecto al contenido y los cánones sobre la verdad y la realidad mantenidas por sus adeptos. Pero existe un rasgo común que atraviesa todas las civilizaciones [...] el conocimiento esotérico es mantenido [...] por un cuerpo selecto de los adeptos o especialistas que pueden ser brujos, eruditos, intelectuales, sacerdotes, chamanes, clérigos o científicos. Ya sea que derive tal conocimiento de la ciencia, la filosofía, la religión o la mitología, se le reverenciará como una sistematización de la verdad fundamental y eterna, que forma el núcleo fundamental de la civilización (Veblen, [1918] 2003).

Para Veblen, en el pasado la Iglesia y el Estado se entrometían en los asuntos de la academia. Ahora, este rol era asumido por la empresa.

Definitivamente, la autoridad de lo eclesiástico y lo político habría cedido lugar entonces a “la hegemonía de lo comercial en el conjunto de la sociedad, y el sistema universitario [estaría] absorbiendo el espíritu pecuniario como si hubiese encontrado [allí] su misión cultural” (Diggins, [1978] 1983, 255). Esta revelación, sin duda, también preocupó a Max Weber ([1919] 1995). cuando aludía al capitalismo universitario de Estado: los institutos de enseñanza reproducirían las condiciones generales del trabajo capitalista haciendo que la universidad se instituyera bajo una forma fabril. Veblen, por su parte, demostraba en *The higher learning* cómo los principios del capitalismo impregnaban todos los aspectos de la vida universitaria.

Ambas posturas no hacían sino confirmar, en el fondo, el dictamen proclamado muchos años atrás por Karl Marx –posteriormente analizadas por Antonio Gramsci– en su reflexión sobre las ideas y la ideología y, en últimas, los aspectos centrales de la dialéctica entre el trabajo material y

el trabajo inmaterial (intelectual) en la evolución del sistema capitalista (Sohn-Rethel, 1979).

Sin embargo, Veblen sería quien traduciría con mayor fidelidad la imagen –para esa época, ya bastante perfilada– del escenario norteamericano¹.

Estados Unidos desde muy temprano se convertía en el terreno por antonomasia de la emergencia del fenómeno socio-político y económico de los *think-tanks* y del intelectual corporativo (Parraguéz Kobek, 2001, 162). Ambos, cómodamente instalados en la cultura ampliamente instituida sobre el pragmatismo. Veblen había ya “denunciado” teóricamente en otras de sus obras *The theory of Business Enterprise* (1904) y en su famosa *Teoría de la clase ociosa*, la “monstruosidad” que enfrentaba la cultura –y específicamente el conocimiento– bajo el régimen capitalista. Como profesor universitario fue hipersensible ante el espíritu académico reinante que resignaba sus realizaciones ante los hombres de negocios y su “poder discrecional”. Por ello, no dudó en calificar el ambiente de “bárbaro”; su indignación fue tal que *The higher learning* tuvo inicialmente por subtítulo: “Un estudio sobre la depravación total”. A la postre, Veblen optaría por suprimirlo ante la insistencia de algunos de sus amigos (Diggins, [1978] 1983, 255-257).

Elitismo corporativo y despolitización tecnocrática

Si por un lado, el escenario de comienzos del siglo XX reflejaba claramente una devoción al “negocio” por parte del saber, en medio de los complejos de investigación de la universidad norteamericana, financiados y articulados directamente al interés corporativo que subordinaba las exigencias del conocimiento a las reglas del “gran capital”², por otro lado, Veblen no advertía *in extenso* la dimensión clave del fenómeno: la necesidad “política” que expresaban los nacientes *think-tanks* y su acoplamiento funcional a las condiciones específicas de la política internacional originada con el período de entreguerras.

No resulta ninguna casualidad que a partir de la Primera Guerra Mundial el “término tanques de pensamiento” se popularizará y trascendiera más allá del mero dominio de lo militar para aterrizar en el campo de la investigación social.

1. Según Floyd Hunter, los Estados Unidos se han caracterizado históricamente por la gran afluencia de las corporaciones sobre la planeación de las políticas (*policies*) y su importante influencia en la política (*politics*). Cfr. Dávila Ladrón de Guevara (1976, p 39).

2. Orozco, José Luís, “La condición pragmática de la inteligencia política” en *Casa del Tiempo*, n° 10, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1.999, p. 163.

Múltiples circunstancias dan cuenta de este proceso. Por ejemplo, las instituciones filantrópicas creadas durante la primera y segunda décadas del siglo como el Carnegie Endowment for International Peace (1910) y el Carnegie Council for International Ethics, entidades que empezaban a canalizar grandes recursos económicos hacia distintos centros de investigación para la protección de los derechos humanos; otros, como el Council of Foreign Relations (creado en 1921) o la Brookings Institution (fundada en 1916), entidades que en distintas coyunturas complementaban mutuamente sus investigaciones para “contribuir” al diálogo público en las relaciones internacionales. Todas gozaron de amplias ventajas financieras³. En adelante, instituciones de este tipo lograron propagar poco a poco un verdadero calidoscopio de intenciones alrededor del mundo, consolidando sus propósitos tras casi un siglo de existencia⁴.

No obstante, el panorama configurado alrededor de la guerra fría sería el espacio definitivo que marcaría la consolidación de esta tendencia histórica: la organización corporativa de las ideas (Parraguéz Kobek, 2001, 157)⁵.

3. Un rasgo prominente de este tipo de fundaciones es el carácter filantrópico que presuntamente motiva cuantiosos aportes para la investigación social. En tiempos de Veblen, casi sin excepción, todas las universidades americanas habían sido fundadas con recursos de “riqueza personal o de una empresa” (Diggins, [1978] 1983, 261). Las cifras en realidad no deben desestimarse. El conocido magnate petrolero John D. Rockefeller (¡a finales del siglo XIX!) habría donado 36 millones de dólares para la Universidad de Chicago; igualmente, Leland Stanford, multimillonario ferroviario, aportó cerca de 24 millones de dólares a la universidad que posteriormente llevaría el nombre de su hijo, y Johns Hopkins, un comerciante-banquero, dejó en su testamento 3,5 millones de dólares para que se fundara una universidad en Baltimore.

4. Muchas de estas instituciones han sostenido sólidos lazos con el Centro de Inteligencia Americana (CIA), como la Fundación Jamestown o la Ford, hasta el punto de tener cuadros de personal intercambiables. Últimamente, se ha podido evidenciar que los *think-tanks* empiezan a diferenciarse en la especialización de la industria de la retórica de la política. Es el caso de la Fundación Heritage, que se proclama, ante todo, como una organización militante de intervención en el debate público, más que una fábrica de soluciones e ideas. Vale la pena subrayar el papel protagónico que jugaron estas dos últimas instituciones en el escenario político latinoamericano desde la década de los sesenta. Cfr. Dezalay y Garth (2002, 213-222).

5. Recientemente, Dieter Plehwe ha sugerido una interesante discusión relacionado con el carácter de la economía política de la experticia que aquí

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, la utilización de la voz *think-tank* se tornaría dramáticamente diáfana. Su utilización, en magnitud e intensidad, sirvió entonces para designar sin cortapisas los nuevos centros o institutos de discusión, de investigación o de asesoría que en uso de sus privilegios intervendrían activamente en los grandes conflictos internacionales. Hoy en día ya constituyen una complejísima red de flujos de intercambio de información constantes, traducidas en ideas e ideales pero, sobre todo, en diseño y difusión de amplias estrategias políticas y tácticas económicas.

Así, desde mediados del siglo XX, la demanda por la especialización del conocimiento aumenta inusitadamente –fruto del tipo de administración propia del Estado benefactor y de las exigencias del Estado de bienestar– y, de paso, exigiendo, en el marco de la economía política mundial, la formalización e institucionalización de la antigua relación, implícita –y, por qué no decirlo, ambigua y hasta confusa– entre expertos y ejecutivos, gobiernos y universidades, en torno a la formulación de las políticas internacionales.

La constante ha sido, pues, cada vez más consecuente con su pretensión *ab origine*: llenar el vacío analítico entre “la academia y los gobernantes” como imperativo y necesidad práctica de la vida política contemporánea y del gobierno, tanto a nivel nacional como internacional (Parraguéz Kobek, 2001, 165-166).

Todo este panorama ha producido transformaciones societales significativas (económicas, políticas y, últimamente, culturales), inclusive alcances y restricciones insospechadas. Aunque, por encima de todo, resulta indispensable sopesar sus efectos más inesperados.

Cada uno de estos elementos corresponden estrictamente a los avatares que implica el sostenimiento *a limine* de la utopía contemporánea: una sociedad pretendidamente abierta, organizativa y tecnológica; de masas y a la vez demo-liberal⁶. Sin embargo, la búsqueda insistente del círculo virtuoso entre racionalismo, tecnicidad y ejecutividad que garantizara su plena realización, no ha estado libre de vicisitudes (Schmitt, 1985). Por el contrario. Presupuestos ideológicos y preferencias hegemónicas se han visto obligados a converger alrededor de una fórmula política específica –en el sentido de Mosca–, un imaginario colectivo y una realidad social modelada en torno a un proyecto sociopolítico que ha sido promocionado

aproximamos, distinguiendo entre grupos corporativos de planificación (*corporate planning groups*) y redes de élite en tanto meta-comunidades discursivas. Plehwe (2005, 42-43).

6. Cfr. Popper (2000), Mayntz (1977) y Habermas (1992).

ininterrumpidamente desde una ingente labor intelectual integral y pragmática.

En últimas, el objetivo inmodificable ha consistido en construir un paradigma ético-moral cada vez más coherente con un modelo programático de acción estatal y de políticas públicas (económica y sectorial)⁷.

En este punto, saber y conocimiento resultan esenciales en la medida que generan una productividad política especial en términos del desempeño gubernamental. Ambos retienen con centralidad única las fuerzas de la producción (¡y de la circulación!) que, en su forma-mercancía en la era de la información, terminan siendo indispensables para la competencia política y, desde luego, para el ejercicio del poder (Lyotard, [1979] 1993, 17).

Esta dimensión intelectual en la acción del Estado requiere una consideración especial. Por este camino no sólo se consolida el espacio de luchas políticas en torno a la definición de la política gubernamental. Además se ejerce –en términos de Pierre Bourdieu (1986, 139-140)– el “monopolio legítimo de la violencia simbólica”, a través de mecanismos de legitimación y regulación –por supuesto, de desregulación y re-regulación (Sassen, 2003, 35-51)– dirigidos hacia la movilización de representaciones colectivas.

Aquí, los procesos de políticas públicas, en su poder de *world-making*, construyen socialmente la realidad, sancionando los modelos normativos de acción y generando actores y prácticas societales por referencia a creencias, valores y representaciones pero, sobre todo, sentidos compartidos y disputados al interior del campo social⁸.

El punto relevante de este señalamiento está en que la definición y redefinición de la acción estatal en general y del proceso de políticas en particular requiere tanto del capital simbólico como de un trabajo continuo de invención intelectual, como lo sugiere, entre otros, Bruno Jobert:

Ya no se trata de ordenar y reglamentar sino más bien de cambiar la dirección de los comportamientos de los agentes de desarrollo, sean éstos profesionales, servicios, empresas públicas o de economía privada [...]. La acción significativa [del Estado] se ubicará entonces, más bien en el nivel de las normas y de las representaciones que orientan los comportamientos cotidianos (Jobert, 1997, 186).

Una situación tan compleja como la que enfrenta el gobierno político contemporáneo exigía entonces la reactualización de la imagen del

7. Los principios del proyecto político de despolitización neo y post-liberal. Cfr. Puello-Socarrás y Mora (2005, 83-127).

8. Ver Sabatier (1998, 129-168) y Muller (2003, 9).

intelectual y, por supuesto, de la intelectualidad, diferente de la que presenciamos a lo largo de la modernidad. Se anula hoy su representación decimonónica y, antes que la presencia de la política pueda percibirse inevitable o, al menos, innata a toda aventura intelectual –como alguna vez se atrevió a sugerir Wright Mills–, se canalizan sus efectos y se normalizan además los productos de su trabajo bajo una figura especial y específica en el dominio de “lo político”.

En el curso histórico del siglo pasado hasta llegar a la época presente, el sabio humanista o el filósofo idealista y todos sus aparatos “para saber la verdad” llegan progresivamente ser inocuos. Antes, por el contrario, las demandas por intelectualidad tienen como fin único, casi exclusivo, “incrementar el poder” (Lyotard, 1979, 98).

Igualmente, a medida que la legitimación legal-racional cede ante la legitimidad instrumental-racional, es decir, la legitimación propiamente tecnocrática, resulta un completo misterio si el intelectual puede existir individual e independientemente o no⁹. Más aún, se percibe consistentemente la imposibilidad del primero en un escenario como el actual que abre paso a la realidad del intelectual colectivo¹⁰. En estas condiciones, ¿sigue admitiendo la labor intelectual cierta libertad para corregir su distancia frente a los asuntos de la política (y de las políticas)?

El dominio intelectual termina, a la postre –sin escapatoria inclusive–, involucrado subrepticamente en *the heart of the matter* –por utilizar una expresión de John Waterbury¹¹–; “acomodaticamente” trabajando para ofrecer “orden y continuidad en la vida pública” (Said, 1994 50). Las universidades e instituciones entonces son solicitadas para reforzar “competencias”, no ideas ni auténticas alternativas; mientras que la transmisión

9. “el dictado de normas y la promulgación de reglas se desplaza hacia el ejecutivo y la administración, desplazamiento correlativo a la naturaleza de dicha reglamentación. La legitimación, encarnada por el parlamento, cuyo marco referencial era la racionalidad universal, se desliza hacia una legitimación de otro tipo: la racionalidad instrumental de la eficacia, encarnada por el ejecutivo-administración”. Poulantzas (1979, 267).

10. Por ejemplo, Plehwe acudiendo a Van der Pijl asume las “redes de élite” neoliberales y diferentes grupos como la Sociedad Mont-Perélin, el grupo de Bilderberg y diferentes *think tanks* a la manera de “intelectuales colectivos”. Van der Pijl (1995, 100-128).

11. Esta expresión se refiere a los “equipos de cambio” de las recientes reformas económicas, los cuales, basados en el ejecutivo, consistían en un grupo de funcionarios de alto nivel que “pastoreaban” las reformas desde su definición hasta su adopción e implementación mediante la agitación política. Grindle (2000, 1).

de los saberes se limita a proporcionar al sistema, “actores” capaces de asegurar convenientemente su papel sistémico en los puestos pragmáticos que las instituciones de todo tipo (públicas o privadas) necesitan (Lyotard, 1979, 104).

Sin embargo, no bastaría identificar este fenómeno como simplemente corporativo¹².

El proceso paralelamente refuerza un contenido ciertamente elitista en el campo de dominio intelectual, puesto que a partir de la homologación de su labor con las más variadas expresiones y gradaciones de la destreza experta y en el proceso de recambio del intelectual por una figura especializada corporativa y *high-tech*, se consolida el estatus de la técnica y su poder como corolario de la política de la experticia.

Lo anterior confirma cierta descripción sociológica propuesta hace muchos años por Julien Benda (1927), según la cual los intelectuales son ante todo una “*minoría clerical*”¹³ y, a la vez, el diagnóstico politológico de Gaetano Mosca en relación con la fatalidad del gobierno por parte de una minoría organizada –su concepto de “clase política”, homóloga a la de élite de Wilfredo Pareto– en la que el mandato político estaría monopolizado por la clase intelectualmente más apta o elevada; para nuestro caso, en el horizonte de una cultura científica (Mosca, [1897] 1995, 118)¹⁴. Precisamente, una indicación como esta brilla por su actualidad. Derek J. de Solla Price (1963) advertía sobre la virtual división entre el *eminent scientist* y el *minimal scientist* en el marco de la ciencia como entidad social que profundiza “la separación existente entre un pequeño

12. No hay que dejar identificar al keynesianismo, como lo anota entre otros Samir Amin, con el corporativismo ni tampoco con lo liberal. Ante todo, es “la expresión de un verdadero proyecto corporativo que, aun cuando de índole capitalista, era también *social*” (aunque no “socialista”). Amin, Samir, *Los fantasmas del capitalismo: una crítica de las modas intelectuales contemporáneas*, Bogotá, El Áncora, 1.999, p. 51.

13. Una consideración bastante arraigada en los estudios más ilustres sobre intelectuales e intelectualidad, especialmente, en la moderna sociedad de masas. Ver Shils (1974) y Said (1994, 50).

14. Norberto Bobbio, en el estudio introductorio de esta edición en español planteaba: “Mosca en el momento mismo en que exaltaba la función práctica de la ciencia política, auspiciaba una mayor intervención de la clase culta –hoy diríamos de los intelectuales– en la vida política activa. Una política más científica presupone una clase política culturalmente más preparada. Sólo una clase política en esas condiciones podría renunciar a los mitos fáciles de la redención total y a las soluciones estrictamente ‘al día’”.

número de investigadores de producción elevada (evaluada en número de publicaciones) y una gran masa de investigadores de escasa productividad” (De Solla Price citado por Lyotard, 1979, 87-88)¹⁵. La sugestión se torna aún más dramática cuando el lema dentro del sistema de organización corporativa de las ideas parece ser “publicar o desaparecer”:

Hoy publicar se ha convertido en trabajo obligatorio para el intelectual académico; es decir, que éste se manifiesta como exigencia administrativa, empíricamente cuantificable, de la cual depende su ascenso profesional y su sustento económico [...]. No es ninguna coincidencia que las revistas de política internacional de mayor circulación mundial sean publicadas por *think tanks* (Parraguéz Kobek, 2001, 170).

A pesar de todo, el hecho más significativo comprende –como antes planteábamos– una interrelación singular entre el “saber y el poder” en la especificidad que toma la separación entre “política y administración”, particularmente en relación con el proyecto socio-político hegemónico actual.

Esta nueva dicotomía que rige la discusión del gobierno político contemporáneo –una vez abandonado el paradigma preliminar de la filosofía política, la dicotomía Estado/sociedad, incomprensiva de las nuevas realidades gubernamentales que encara el siglo XX, precisamente, gracias a la introducción de la administración pública como realidad concreta y teórica, y actor público– asume una mayor radicalidad con la evolución de los efectos derivados de las formas de organización burocráticas del Estado y su contingente exacerbación, el denominado burocratismo¹⁶.

No se trata, sin embargo, que el enfrentamiento entre política y administración sea despojado de una dimensión política. Por el contrario, debe apreciarse una estrategia de re-politización diferente de la administración y de la acción del Estado: “la racionalidad instrumental como criterio de acción del gobierno se vincula a la supremacía del Poder Ejecutivo sobre

15. Esta indicación, de hecho, ya sugiere una “élite de intelectuales”.

16. El tránsito de las dicotomías “Estado/sociedad” hacia “política/administración” es una realidad concreta, teóricamente asumida con “el nacimiento de la administración pública como disciplina ‘distanciada’ (para algunos en retirada) y, por otro lado, la polémica institución de la ciencia política, primero con los intentos de Gaetano Mosca y, después, bajo el influjo de los modelos sistémicos de David Easton. Ambos casos pretendieron darle un estatuto ‘científico’ a la política en clara afrenta con la tradición filosófica preliminar”. Puello-Socarrás (2005).

el Poder Legislativo” (Morales Camarena, 1994, 34)¹⁷. Junto con la alta burocracia, ambos llegan a “monopolizar” progresivamente la organización y la dirección de lo *stato*, de acuerdo a criterios de eficiencia –supuestamente– cada vez menos identificados con “lo político” (podríamos decir que el distanciamiento llega hasta tal punto que asume verdaderamente un “enfrentamiento”) y cada vez más valorados con el estatus asociado con la ciencia y la técnica y, por supuesto, su pretendida virtud de neutralidad.

La política de la experticia aparece entonces fundamentalmente como despolitización: unidad e identidad irrevocable entre técnica (económica), independencia (política) y neutralidad (ideológica). Una estrategia que aunque se pretende despolitizada, insistimos, no deja de ser abiertamente política y, como plantea puntualmente Jürgen Habermas (1992), intensamente “ideológica”. De hecho, su carácter se acentúa de instantáneo con el despliegue de la despolitización, ya no como proyecto sino como trayecto sociopolítico, es decir, no como simple posibilidad sino en su realidad y realización más concreta¹⁸. La profundización de este referente ha llevado a suponer que los problemas políticos, en el marco de las cuestiones pragmáticas del gobierno, las tensiones y los conflictos sociales sean sancionados bajo una óptica restringida y eminentemente individualista, haciendo ilegítimo o inútil –en ciertos casos, inmoral– recurrir a la política¹⁹. En general, puede corroborarse una fuerte tendencia despolitizante como signo político de los últimos tiempos (Žižek, 2001, 204).

En este sentido, la complejidad de los fenómenos del intelectualismo, el elitismo y el corporativismo, conjuntamente considerados y en términos del poder, la política y el gobierno están más que condensados alrededor de un elitismo intelectual corporativo, plano consistente que relaciona las tendencias más significativas de la sociedad contemporánea y que en estos momentos aparece –a pesar de sus consolidaciones específicas y sus configuraciones concretas– globalmente desnacionalizado y localmente des-regulado aunque, esencialmente privatizado (Sassen, 2003, 51). El

17. De hecho, la clave y las consecuencias del tránsito de las dicotomías está presente en los análisis sobre el poder y el Estado de los *Grundrisse* marxistas, en la diferencia entre “voluntad y acción”, muchísimo antes de que los publiadministrativistas, Goodnow y Willoughby o el mismo Woodrow Wilson la introdujeran.

18. Este acontecimiento queda ejemplificado en los análisis históricos recientes de la política *como* experticia de la experiencia latinoamericana que serán expuestos más adelante.

19. La tesis de James Buchanan apoya esta conclusión. Buchanan (1975).

leitmotiv en este intento de comprensión del actual movimiento histórico, por supuesto, implica situar un terreno cognoscitivo clave, un *locus* de desciframiento que, desde una perspectiva holística, permita profundizar las dinámicas actuales y la complejidad que expresa la naturaleza del poder y sus condiciones concretas de realización²⁰.

Aludir al “elitismo desnacionalizado” de los analistas simbólicos, “intermediarios financiero-informáticos”, como instancia de intelectualidad global que activa la inteligencia política en la gestión de los conceptos y símbolos abstractos, supone hacer aparecer en su máxima expresión el carácter corporativo de estos dispositivos, en el sentido en que Jean Félix Guattari (1996) utiliza este término. Significa también desafiar la paradoja –considerada clásica en estudio de la política–, descrita por Michael Oakeshott y que, desde luego, anuncia la relación ambigua entre la política y la experticia (en todas sus formas aunque, principalmente, tecnocráticas) o, por lo menos, previene sobre la naturaleza de la política de la experticia:

El espectáculo del gobierno con tanto poder a su disposición, aunado al pronóstico de lo que ocurriría si utilizara las nuevas técnicas (a medida que se inventan) y promoviera su mejora para controlar y dirigir las actividades de los hombres, provocó diversas respuestas: o bien fue recibido con un aplauso entusiasta como el amanecer de una era de la felicidad nunca conocida hasta entonces, o bien fue visto con preocupación (Oakeshott, [1996] 1998, 82).

En resumen, dos interrogantes intentarían desatar esta disyuntiva. Primero: ¿cuáles son los vínculos con las élites políticas y cómo se desenvuelven los intelectuales –en sentido estricto, *élites de intelectuales*– con los personajes claves –los príncipes y los gobernantes– en la toma de decisiones del poder político? (Parraguéz Kobek, 2001, 157). Segundo, “¿cómo pueden los científicos políticos estar fascinados por el insumo positivo del conocimiento y, al mismo tiempo, horrorizarse con la elaboración de políticas públicas tecnocráticas?” (Radaelli, 1999, 757). Ambas preguntas, a pesar de su longevidad, siguen vigentes en nuestros tiempos.

Experticia de la política

La problemática del gobierno contemporáneo y la identidad intelectual

20. La teoría corporativa del sistema-mundo articula también una tentativa análoga desde un balance entre la teoría del sistema-mundo y la teoría de los sistemas autorreferentes (De Venanzi, 2002). Como se verá más adelante, la nuestra trata de improvisar los instrumentos metodológicos y las herramientas teórico-conceptuales desde la teoría de las élites bajo una perspectiva de la complejidad.

de su corporativismo derivan en una tensión de dos lógicas principales. Por un lado, la política y su lógica de politización; por otro, la administración y su lógica de despolitización. Una y otra, no olvidemos, pretenden definir y realizar un subtipo de racionalidad política específico, apelando a modos diferentes de legitimación: lo legal y lo instrumental. No obstante, la cuestión primordial que expresa esta tensión proviene de las maneras divergentes que encarna la naturaleza de las relaciones existentes entre el poder y el saber.

Invocando el corazón de este asunto, la discusión en este punto debe recuperar la importancia e influencia que ejercen los sistemas de ideas, los preceptos generales y las representaciones sociales en la conducción de los asuntos públicos y en los procesos de política. Igualmente, el papel que desempeña la ideología (y, subsidiariamente, los intereses) pues, en conjunto y en la magnitud en que lo hemos sugerido, estos elementos constituyen el marco más amplio de la producción intelectual. El estudio de la evolución social y la acción del Estado²¹ desde el contraste de una política politizada *vis-a-vis* su aparente despolitización ha motivado un interés creciente sobre la capacidad de acción de los gobernantes, la operatividad de sus dispositivos (individuales y colectivos) y la inusual dependencia de las políticas públicas frente a las condiciones ideológicas, es decir, frente a la producción de sentido²². En torno a ellos se ha constituido recientemente un lugar reiterado de debate²³.

Particularmente, el tema de la tecnocracia ha sido el eje de estas discusiones. Se ha equiparado con el “rol político de la técnica” e identificado de inmediato con el giro neoliberal, en la radicalidad de sus más heterogéneas expresiones. Precisamente, la variedad de los escenarios no parece agotar las preguntas y mucho menos las perspectivas generadas

21. Ver Surel (2000, 235-254); Sabatier y Schlager (2000, 215-234); Majone (2000, 207). Para un análisis en torno a los esquemas cognitivos en políticas públicas, cfr. Puello-Socarrás (2007, 65-102).

22. Como el modelo de *advocacy coalitions* desarrollado por Paul Sabatier y Jenkins-Smith (1993).

23. Ver Hall (1993, 290); Kingdon (1984); Weible, Sabatier y Lubell (2004, 190); Schmitt y Radaelli (2004, 206-207). Diferentes enfoques han ofrecido explicaciones alternativas sobre cómo los sistemas de ideas sirven de orientación para la acción pública en el seno de sub-sistemas (o sectores) y entre las relaciones sectoriales y la sociedad global (en conjunto, Bruno Jobert y Pierre Muller han desarrollado la noción de “referencial”); cómo la presencia de variables ideológicas constituyen actores e instituyen prácticas o en qué modos de coordinación las definiciones de política requieren tales o cuales condiciones cognitivas y normativas.

especialmente en el período finisecular. Sin embargo, todavía permanecen muchas confusiones. ¿Cómo considerar la multiplicidad de las expresiones del saber-poder en sus distintos niveles y especificidades? ¿Se tratan de contenidos generales o formas concretas, basadas en formas diversas de poder o en realidades homogéneas?

En nuestro concepto, hay que empezar por distinguir, por ejemplo, entre poderes tecnocráticos y burocráticos o discernir las consecuencias de la técnica en diferentes contextos (i.e., keynesiano, neoliberal o post-liberal). Parece ser –como plantea Radaelli (1999)– que resulta menos importante el tipo de actores involucrados que la naturaleza de las relaciones de poder que configuran los escenarios. De todos modos, más allá de una tipología de actores, las posturas intelectuales que ellos representan, sí pueden llegar a imponer un criterio para examinar el universo de la experticia en sus prácticas concretas: lo tecnocrático, lo técnico, lo tecnopolítico, del lado de sus manifestaciones.

Modalidades políticas de la experticia

Diferentes nociones, más o menos compatibles y conceptos adyacentes, explícita o implícitamente en competencia, han tenido resonancia para analizar a fondo la complejidad vigente del fenómeno de la experticia. Sin embargo, al parecer no se ha insistido todavía lo suficiente para generar alguna clase de criterio ya sea de generalización o de integración de los estudios que posibilite la unidad de las investigaciones desde la diversidad de las narrativas. Las reflexiones teóricas y formales así como de los estudios de caso, siempre más específicos y concretos, deben canalizarse alrededor de un marco flexible que permita profundizar sobre el papel político de la experticia, este último el concepto genérico que encerraría la problemática actual bajo una comprensión lo más amplia posible del fenómeno entre saber y poder.

Se podría reunir así una colección ciertamente excepcional de las designaciones, de distintos signos que retuvieran la esencia del debate, aunque no sobra advertir sobre la variedad de sus escalas. Comunidades epistémicas, *think-tanks*, tecnocracia, *money-doctors*, equipos de diseño político, comunidades de política, *technopols*, coaliciones discursivas, concejos de asesorías, grupos profesionales o intelectuales son una muestra ejemplar de las herramientas teóricas más reiteradas. Todas ellas difieren en torno a referencias especiales y modalidades específicas de vinculación con un modo más general: la experticia. La multiplicidad conceptual presente en la literatura manifiesta de entrada, las alternativas existentes en la materia.

Desde una perspectiva politológica, el tema –antes anotábamos– se

ha mantenido como una preocupación constante. Seguramente la teoría contemporánea de las élites ha sido la base inicial de las primeras provocaciones sistemáticas, motivando desde su propio seno las reflexiones posteriores.

De hecho, desde sus orígenes clásicos (el paradigma Mosca-Pareto), pasando por la posterior fase plural-elitista y sus sub-versiones (liberal, republicana y marxista) hasta las últimas posturas del período inédito de trabajos neo-elitistas, la temática registra una importancia estructural (Puello-Socarrás, 2005). Recordemos que el problema elitario, ya en sus inicios, instituye la estrecha relación –y hasta cierto punto, directamente proporcional– entre el desarrollo intelectual y el desarrollo político. De Mosca a Higley o de Schumpeter a Bottomore, la figura del intelectual expresa el prototipo político y –nos atrevemos a proponerlo radicalmente–, el arquetipo social, ideales de gobierno²⁴.

El fenómeno de la tecnocracia, tal vez una de las alternativas predominantes en este interés, parece ser un buen ejemplo para ilustrar la problemática²⁵.

La definición más aceptada al respecto plantea la tecnocracia como una forma de gobierno en la cual “los expertos serían los responsables de todas las decisiones políticas y económicas críticas” (Laclau, [1977] 1986, 144-145); aunque no se podría dejar de reconocer que la experticia es la base soberana de su autoridad y poder (Radaelli, 1999, 758)²⁶. Por

24. Dos ejemplos paradigmáticos lo expresan los trabajos de C. Wright Mills y Burnham. Para Mills, “en una vena análoga a la de la teoría de la dictadura del proletariado, los hombres dotados de saber [estrictamente anota Mills, ‘la élite intelectual’] debe conducir los destinos de la sociedad”. Precisamente, la élite del poder debe rendir cuentas ante la “élite intelectual” (Bachrach, 1.973, 97-98). Por su parte, Burnham es uno de los estudiosos que ve el desarrollo de una “ideología tecnocrática” basada en la razón instrumental como un medio para terminar con el conflicto social. Burnham (1957).

25. “La perspectiva más común sobre tecnocracia es la de una variante de la teoría de élites que se interroga si una ‘oligarquía de técnicos’ controla o no, los brazos administrativos, económicos o políticos de un Estado dado. La definición de un tecnócrata en esta aproximación está usualmente limitada a la educación [...]”. Esto generalmente incluye al personal del Estado que ha recibido entrenamiento científico, técnico o administrativo en instituciones de élite”. Centeno (1993, 310).

26. Manuel García-Pelayo conceptualiza la tecnocracia bajo cinco supuestos: “(i) La imagen [...] del Estado, de la sociedad global y de las sociedades sectoriales como sistemas técnicos o, simplemente, como ‘sistemas’ en el sentido genérico que el vocablo ha tomado en las concepciones científicas de nuestro tiempo; (ii) [...]”

consiguiente, si no se exalta el referente comprensivo de la dinámica, en este caso la dinámica tecnocrática como un problema genérico de la experticia, se podría llegar a minimizar la utilidad misma de las tentativas de conceptualización. Habría que resaltar entonces que la experticia es el plano donde la tecnocracia existe; es allí donde expresa su consistencia. En la misma forma, esta referencia es la que permite que otros fenómenos asociados aparezcan. O, por decirlo en otros términos, si tomamos el fenómeno tecnocrático, este debe ser un punto de llegada, la experticia el punto de partida.

Por estas razones, desde un principio, como plantea entre otros Centeno, debe establecerse que “el alcance del poder es un punto crítico en razón a que el papel de los expertos llega a ser tecnocrático solamente cuando se inserta en los altos niveles de responsabilidad en un aparato de poder, público o privado” (Centeno, 1993, 310). La teoría de las élites precisamente ha posibilitado un marco teórico general en el cual se ha profundizado esta perspectiva, hasta el punto de constituirse como matriz temática y epistemológica de los presupuestos que deben considerarse en los análisis sobre los modos exclusivos de la experticia y, en últimas, de las relaciones entre conocimiento y la producción de políticas públicas.

Las lecciones que se derivarían de esta indicación permiten observar con amplitud la red de designaciones a las que hemos hecho antes referencia, relacionando paralelamente su utilidad en términos políticos, es decir, examinando el tipo de relaciones de poder, su naturaleza y los alcances específicos de los desempeños experticios.

Sólo en esta medida sería posible establecer, con la relatividad que supone el escenario, las distintas modalidades y las figuras paradigmáticas que asumen en concreto los actores involucrados en el proceso de producción de políticas y, teóricamente, su posibilidad analítica de aplicabilidad desde un punto de vista sustancial y relacional.

tales entidades han de ser configuradas y orientadas fundamentalmente según los principios y objetivos propios de la razón técnica, a la que llega a identificar con la razón política o incluso con la razón en general; (iii) los conocimientos adecuados a la configuración y dirección del Estado y en general del sistema político de acuerdo con la *ratio* técnica [...]; (iv) se parte del principio de que para problema existe *the best one way*, la solución óptima, ante la cual no cabe discrepancia razonable, lo que, de ser cierto, excluiría los antagonismos ideológicos o de intereses, todo lo cual desemboca en (v) [...] una adaptación de la estructura político-institucional a las exigencias estructurales de la razón técnica y a la dialéctica de los sistemas”. Garcia-Pelayo (1974, 32).

Técnicos, tecnócratas, technopols y money-doctors

Jean Meynaud aclara una diferencia fundamental para nuestros propósitos entre los técnicos y los llamados tecnócratas. Para el autor, los técnicos hacen parte del personal que, a través del entrenamiento y la experticia, han tomado la gestión de una parte del aparato administrativo. No obstante, su desempeño depende de la dirección de otras élites. Los tecnócratas, por el contrario, disfrutarían de cierto tipo de “autonomía funcional” dentro de los límites de sus propios campos o áreas de experticia aunque, influenciando, inclusive, las decisiones “no-técnicas” (Meynaud, [1964] 1968). De allí que un rasgo diferencial entre ambos tipos es la magnitud e intensidad del carácter experto que los define.

Técnicos y tecnócratas son igualmente “expertos” aunque en diferente grado. La distinción, obviamente, no responde al nivel de conocimiento experto que poseen desde un punto de vista absoluto. De hecho, remite más bien al alcance político y al poder relacional propio de sus actuaciones y posiciones administrativas. Así, mientras que los técnicos son por lo general “especialistas” en el desempeño de sus labores, los tecnócratas revelan una actitud –digámoslo así– mucho más panorámica (en realidad, acentuadamente política) que desborda y, muchas veces, llega a extralimitar su propio dominio funcional específico. Se expresan en este sentido dos modos de experticia: una “estrecha pero profunda” y otra “más amplia” pero tendiente hacia lo superficial. Este hecho es relevante, sobre todo, en cuanto se examinan, por un lado, la organización de los procesos y, por otro lado, las funciones meramente técnicas. En los Estados contemporáneos se distingue claramente una *élite* dirigente –desde este punto de vista– y una masa de técnicos, básicamente, “quienes actualmente producen la información científica y analizan resultados” (Centeno, 1993, 310)²⁷.

Pese a todo, las variantes no consiguen agotar esta descripción. Nuevamente y solamente a la luz de la dinámica de los acontecimientos en el marco de la economía política actual emerge una modalidad distintiva adicional sobre los modos de la experticia y en torno a una figura específica de la intelectualidad: los “tecnócratas políticos”, comúnmente llamados *technopols*²⁸. La diferencia entre técnicos, tecnócratas y *technopols* aparece nuevamente prescrita en relación con una magnitud política. La caracterís-

27. Miguel Angel Centeno hace esta observación para ilustrar el caso mexicano.

28. En especial, ha sido una problemática recurrente en los estudios sobre la economía política de las reformas, con un interés especial en América Latina. Ver Centeno y Silva (1997), De Soto (1990), Williamson (1994) y el trabajo seminal Domínguez (1997).

tica más importante de esta modalidad se encuentra en la “combinación”, mucho más acentuada, de “los conocimientos técnicos especializados con su *intervención* en política” (Dezalay y Garth, 2002, 60).

La distancia entre tecnócratas y *technopols* en los términos que hemos construido la distinción, corresponde, desde luego, no sólo a sus grados “políticos” de actuación sino también –ahora– en relación con sus alcances “públicos” de desempeño. Como bien se ha dicho, este tipo re-crea una variante:

Además de ser tecnócratas [...] –y, hay que anotar, igualmente, “técnicos”– los *technopols* son líderes políticos (1) en o cerca de la cima de la vida política o del gobierno de su país (incluyendo, los partidos políticos de oposición) quien (2) van más allá de su experticia especializada para aproximarse a una variedad de diferentes corrientes de pensamiento y quien (3) participa vigorosamente en la vida política de la nación (4) con el propósito de afectar la política mucho más allá del dominio económico y quien puede que, en momentos, esté asociado con un esfuerzo para “rehacer” la política, la economía y la sociedad de su país (Domínguez, 1997a).

Cabe señalar que a partir de las consideraciones expuestas desde el fenómeno del elitismo intelectual corporativo y teniendo en cuenta un enfoque de economía política, debe estimarse, como se ha podido establecer en la literatura existente de los estudios, un cambio dramático de la figura intelectual. Se trata del conocido tránsito de los abogados hacia los economistas, una constante en el escenario mundial y, paradigmáticamente, en Latinoamérica (Markoff y Montecinos, 1993, 37-38)²⁹.

La transformación del perfil de los economistas, de técnicos a tecnócratas y, más tarde, el paso decisivo hacia los *technopols*, se ha visto sometida a un proceso de legitimación social de las profesiones y, desde luego, de los profesionales mismos al interior del espacio tecnocrático, no en el dominio políticamente estrecho de la técnica (Abbott, 1988). Por consiguiente, el cambio se ha dirigido más hacia los círculos políticos de la “organización social” y menos hacia las esferas meramente funcionales. Como ha sido subrayado, los resultados de esta dinámica han respondido tanto a las necesidades específicas del campo de la política y la economía en su conjunto como a una trayectoria de legitimación en el campo transnacional (Dezalay y Garth, 2002, 73).

Sin embargo, en el transcurso se revela esencialmente la ampliación

29. Para el caso colombiano, Palacios (2001, 98-158) y más recientemente Estrada Álvarez (2005, 308-310).

del dominio de los grupos profesionales y la extensión de su capacidad de autonomía. La exigencia creciente por un tipo de experticia especial y específica ha propiciado la extralimitación de las capacidades tradicionales –para este caso, las tecnocráticas–. Como sucede con la diferencia entre técnicos y tecnócratas, la entrada en escena de los *technopols* dictaría, de cierta manera, una nueva relación política frente al desempeño profesional y a su dirección y autonomía por parte de “otras élites” –particularmente, políticas–, generando una recomposición de los límites en sus respectivos campos de actuación. En principio, el tecnócrata sigue manteniendo un aislamiento relativo con relación a la política si se le compara con el tecnócrata político.

El tránsito de actitudes de la inventiva intelectual, últimamente orientada hacia la economía, garantiza que si en un primer momento el dominio político de la experticia estaba ocupado fundamentalmente por los abogados –debido a su productividad política especial–, progresivamente los economistas son quienes conquistan un lugar en las instituciones estatales no sólo desempeñándose como tecnócratas sino desplegando su “conocimiento y técnicas especializadas” para erigirse como un actor político relevante –inclusive, imprescindible–, sin abandonar acaso su experticia original (ibid, 73-74)³⁰.

El movimiento, sin embargo, parece confirmar que, en realidad, ha sido una transacción compleja de ambas figuras, sancionadas por una coalición de sus respectivos dominios –políticos y económicos y, por supuesto, teniendo presente sus lógicas y formas de legitimación respectivas–, por separado y, al mismo tiempo, en convergencia con una figura exclusiva. Por ello, resulta indiferente si se trata del político-tecnócrata o del tecnócrata devenido en político³¹.

Por último, existe un elemento que incrementa la comprensión del fenómeno de la experticia más allá de los tipos singulares y que ayudaría a explicar en concreto –es decir, considerando el triunvirato de *élites*, *intelectualismo* y *corporativismo*– las facetas relacionales del poder.

30. Este tránsito de “abogados a economistas” es palpable dentro del tránsito de las figuras intelectuales.

31. Lo decimos, por un lado, con el ánimo de subrayar el progresivo ascenso y la naciente relevancia también del *political scientist* y de la “ciencia política”, básicamente, desde el enfoque y la tradición anglosajones. Por otro lado, para insistir que, como lo proponen Dezalay y Garth (2002, 11), las estrategias de legitimación políticas, económicas y sociales no han sido exclusivas de la economía y los economistas. El papel del positivismo jurídico ha sido igualmente importante, al lado de abogados y el derecho.

Autores como Dezalay y Garth han exhortado la dimensión fundamentalmente transnacional y el carácter radicalmente internacionalizado de la problemática y de los actores-actores que en él confluyen en torno a la especificidad del papel político desempeñado por el conocimiento y las técnicas especializadas dentro de las transformaciones socio-económicas y políticas más recientes del Estado en el escenario global capitalista.

Precisamente, se trata del fenómeno de la “exportación” de los modelos foráneos de la experticia. Este componente alimenta el matiz propiamente elitario que hace presencia en la dinámica pues implica indagar directamente la estructura y la organización del poder, identificando sus patrones generales. Este ejercicio improvisa positivamente las posibilidades del análisis haciendo énfasis en i) “los centros o interfases” de las luchas políticas (redes inter-organizacionales y de recursos de todo tipo: económico, social, simbólico); ii) la percepción de organizaciones influyentes, clases, grupos e individuos en las áreas funcionales (especialmente, desarrollo económico); iii) los fondos socio-económicos que en buena parte explican sus relaciones corporativas³². Este punto de vista no sólo asegura la dimensión macro-social del fenómeno –es decir, unidades de análisis más allá de los actores singularmente considerados–, sino que fortalece, de hecho, la insoslayable noción sistémica del poder, la cual, precisamente, no debe soslayarse.

El advenimiento de los “profetas de la economía” o *money-doctors* ha insistido sobre la interrelación de muchos de estos elementos y que, desde luego, coinciden con la profundización del rol político de la experticia³³. Centralmente, el peso de los vínculos internacionales y la dinámica de producción y reproducción de las relaciones saber-poder.

En últimas, no sólo se lograría encuadrar un escenario de emergencia de la política de la experticia en términos de sus modalidades prácticas sino que también se resaltaría la dimensión concreta que ella expresa en estos procesos, en términos de sus “procedencias” y desde las complejas trayectorias de constitución de la legitimación social.

32. Dávila Ladrón de Guevara (1976, 78-79), en un interesante trabajo, reúne estas indicaciones alrededor de lo que denomina “élites del desarrollo económico”.

33. El “fenómeno llamado de los *Money Doctors*, traducible como los “doctores del dinero”. La existencia de estos doctores se remonta a la época de la crisis de 1929, que trajo como consecuencias la caída de los precios de los productos de exportación y una radical restricción de créditos internacionales lo cual llevó a una rápida depreciación de las monedas del área” Rabadán (2003, 4). Igualmente, el artículo Drake (1997, 32-35). Existe una referencia especial al caso chileno en Montesinos (1993, 25). Con seguridad, Albert O. Hirschman (1963) es quien introduce esta categoría y uno de los precursores en este tipo de análisis.

Una de las consecuencias más características que se derivan de este hecho, tal y como es documentada por varios autores, es la tendencia americanizante de las estructuras de toma de decisiones públicas, especialmente en materia de la política económica y en el agenciamiento de organismos clave en la economía política transnacional. En este sentido, podemos advertir que el fenómeno de la experticia no solamente comprende un despliegue economizado sino igualmente americanizado que debe advertirse en su constitución³⁴.

El fenómeno de los *money-doctors* reaparece dentro de la denominada “re-emergencia” del tecnocratismo, una estrategia política de la experticia que supone un estilo tecnocrático enmarcado como fórmula de gobernanza:

La devastación creada por la crisis económica legitimó el llamado a los “doctores” de la economía para prescribir los tratamientos y curas apropiados. Fuertes medidas económicas tomadas sin consulta han sido justificadas bajo el argumento que los gobiernos deben incrementar su credibilidad mostrando su determinación para implementar políticas económicas tan convincentemente como sea necesario.

Por lo tanto,

[...] la monitoria del FMI en los programas de estabilización contribuyó a cambiar la mirada de los *policy-makers* lejos de la política doméstica. Finalmente, el involucramiento de las universidades americanas y de las fundaciones privadas en la “modernización” de las universidades de América Latina promovió más legitimidad a la idea que suponía que la aplicación de conocimiento técnico haría las políticas gubernamentales adecuadas (Babb, 2005).

Sarah Babb ha propuesto a Edwin Kemmerer como la imagen prototípica de “profeta de la economía”, es decir, el economista asesor “por excelencia”; “el” *money-doctor* por antonomasia. Vale la pena seguir la descripción que propone Babb, al respecto:

La importancia de la influencia que ejercen las presiones externas en la percepción de lo que constituye un experto en asuntos de economía en los países en vía de desarrollo se halla ejemplificada en el *money doctor* original: Edwin Kemmerer, un economista de la Universidad de Princeton que viajó alrededor del planeta durante las primeras décadas del siglo XX asesorando a los gobiernos de dichos países. [De acuerdo con la sabiduría convencional de su época]

34. Markoff y Montecinos (2001) y Babb (2005).

Kemmerer le aconsejó a sus clientes (entre los cuales se encontraban Colombia, Perú, China y Bolivia) que establecieran bancos centrales independientes, manejaran con rectitud los asuntos monetarios y fiscales, y se ciñeran al patrón oro. ¿Por qué estaban tan ansiosos los gobiernos de países en desarrollo de invitar a Kemmerer a ofrecer consejos tan predecibles y poco deseados? Kemmerer mismo señaló que “un país que nombra un asesor americano y sigue su consejo al reorganizar sus finanzas según lo que los inversionistas americanos piensan constituye la vía de mayor éxito, aumenta sus posibilidades de atraer al inversionista americano y de obtener capital en términos favorables” (Babb, 2005, 140).

Esta variación en particular sugiere algunos contrastes –seguramente marginales pero, de todos modos, metodológica y epistemológicamente improrrogables– frente a la exposición previa.

Dos aspectos llaman poderosamente la atención. Primero: se trata, ante todo, de una relación de “asesorías” más que un análisis sobre los individuos y grupos que con base en sus credenciales técnicas tienen éxito para ocupar posiciones ejecutivas privilegiadas (Montesinos, 1993, 27). Como se entiende, esta modalidad ha logrado mantener una preponderancia inusual desde que los mercados financieros han ido progresivamente globalizándose y las economías –y, por supuesto, la misma profesión económica, como en la práctica fue popularmente conocido– llegan a ser *kemmerizadas* (Babb, 2005, 146-147). De hecho, el tecnócrata ha sido tipificado en México con el personal del sector financiero del gobierno³⁵. Sin embargo, en la actualidad, los concejos de asesorías (*advisory boards*) –como evidencia hoy en día, por ejemplo, el escenario de la Unión Europea– continúan siendo los lugares primarios donde los expertos aseguran posiciones pivotaes (Radaelli, 1999, 759).

La influencia inusual de los organismos multilaterales, por su parte, también han fortalecido esta tendencia, con base en los compromisos que han mantenido los gobiernos y, excepcionalmente, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Por su trayectoria como “asesor”, se podría fácilmente postular a Jeffrey Sachs como el sustituto de Kemmerer y, sucedáneamente, a Joseph Stiglitz como el *money-doctor* vigente³⁶.

35. Grindle (1997, 399-426) y Lindau (1996, 295).

36. La influencia de expertos externos tales como los equipos liderados por Jeffrey Sachs en Bolivia, Polonia y la antigua Unión Soviética postulan a este economista de Harvard como candidato para este calificativo. Stiglitz, por su parte, ha tenido un protagonismo inusitado en los últimos tiempos del neoliberalismo heterodoxo

En segundo lugar, se trata primordialmente de una situación de influencia externa. Esta circunstancia exógena es muy relevante dado que la dimensión de gradación y la naturaleza de las relaciones asociadas frente a la experticia, de alguna manera, mantenían un carácter endógeno implícito a lo largo de la tipología de las modalidades propuesta. Este hecho amplifica el reclamo de americanización de las economías y el talante en la formulación de políticas, ambos fenómenos exclusivos en la generalidad de los países latinoamericanos³⁷.

La necesidad de generar una legitimidad externa provoca, como plantea Babb (2005), profetas del dinero, internacionalmente entrenados –doméstica y foráneamente– para fomentar un estilo particular de las profesiones económicas nacionales en los países en desarrollo.

Desde un punto de vista, los *money-doctors* disfrutarían de una autoridad y poder especiales en términos de la experticia, estrictamente, activados por las configuraciones especiales del campo global de la economía política en su articulación con lo local. No obstante, también pueden establecerse algunas similitudes. El paralelo más interesante entre los *money doctors* del cambio de siglo y los nuevos tecnócratas es la similitud en el contenido de los “consejos”. *Money-doctors* del ayer y tecnócratas neoliberales de hoy son ambos “firmes creyentes en la rectitud fiscal y monetaria” y, en este sentido, la relación entre financiarización y la ideología económica del *laissez faire* parece ser un tema histórico recurrente y duradero que no ha perdido vigencia (ibid, 21).

En resumen, estas escalas muestran las distintas posibilidades por hacer inteligibles los modos y modalidades de la experticia dentro de un horizonte que postule un “más allá” de la exposición estrictamente descriptiva que enfatiza “los tipos de actores”. Por el contrario, el punto está consagrado en torno al cambio en la naturaleza del poder presente en los contextos de decisión y legitimación, así como en los desempeños y alcances políticos involucrados en la problemática.

¿Economistas “ex machina”?

La problemática de la experticia ha suscitado un interés excepcional en relación con las últimas transformaciones en la economía política global. Las polémicas, tanto académicas como públicas, han sido en verdad tan reiteradas como productivas, hasta el punto de consolidar

(o *nuevo neoliberalismo*), bajo la sombra del “(nuevo) Consenso de Barcelona”. Cfr. Puello-Socarrás (2008).

37. Babb (2001), Valdes (1995), Conaghan y Malloy (1994), Naím (1993), Nelson (1990) y Conaghan (1990).

un campo analítico relativamente autónomo y atractivamente interdisciplinario. De hecho, las indicaciones más relevantes y operativas sobre el fenómeno han sido recogidas a partir de la literatura reciente sobre el tema. Las conclusiones teórico-prácticas que se pueden resumir al respecto, tratan la producción y constitución de los actores principales en los procesos políticos, económicos y sociales, y los efectos de todo tipo en sus desempeños.

Sin embargo, una reflexión en torno a la cuestión del conocimiento (y, por supuesto, de la técnica especializada, del saber, etc.) y sus desempeños políticos, designa, en la generalidad expuesta de las narrativas (siempre en referencia con los contenidos reales que ellas traducen), una constante mucho menos abstracta que concreta, en relación con la figura política del intelectual contemporáneo: el economista como supremo *deus ex machina*.

La influencia de expertos externos tales como los equipos liderados por Jeffrey Sachs en Bolivia, Polonia y la antigua Unión Soviética puede que sean en parte explicados por la necesidad de crear un economista *ex machina* [las cursivas no pertenecen al texto] que pueda seleccionar esos sectores económicos y sociales para soportar la carga del ajuste y la re-estructuración (Centeno, 1993, 324).

Desde hace mucho, la misma disciplina económica liberal se ha propuesto “separarse” de la política pretendiendo una autonomía total. Su proyecto político ha confinado cierta actitud, verdaderamente iconoclasta –aunque sin relajar que esta tentativa igualmente es política: la despolitización– que busca desvalorizarla, minimizarla y llevarla a un segundo plano, “poniendo en tela de juicio su importancia y su existencia” (Prelot, 1961, 31).

En esta forma, en lo abstracto de su epistemología y en lo concreto de sus prácticas, la economía (neo)liberal ha pretendido llevar hacia el absoluto al mercado y su misteriosa “mano invisible”, a la vez, un concepto y una idea que presupone –de la misma forma en la que los supuestos epistemológicos de la teoría económica positivista liberal son justificados (Friedman, 1986)– un dios supremo, omnisciente, omnipotente, omnipresente, que resuelve todos los problemas y conflictos “espontáneamente” (Vattimo, 1996, 80).

Así considerada, el conocimiento de la economía se convierte en “saber de salvación” y sus portadores, desde luego, aquellas personas exclusivamente autorizadas para “hablar sobre estos asuntos” y ser “profesión”, profetizar.

No extraña entonces que la misma descripción de *money-doctors*

pueda ser traducida igualmente como “profetas del dinero”, “de la economía”. Su figura intelectual –así como también sucede con la del técnico, la del tecnócrata y, últimamente, con la noción de los *tecnopols*–, al autodenominarse “fuera de la maquina”, *ex contingencia mundi*, pretende atrapar la objetividad del mundo “desde afuera”, colocándose en un más allá –místico, por supuesto– de los hombres. Para el caso de los *money-doctors*, esta situación resulta exacerbada. La política –en contraste con la economía, rotunda fisiocracia– sigue manteniéndose como pura antropocracia, gobierno de los hombres.

La economía, “ciencia de la salvación”, retiene su privilegio para unos pocos, una minoría, parafraseando a Benda, una élite de “clérigos”. Samir Amin (1999, 152-168), de hecho, al referirse a la “economía pura”, la designa como “la brujería del mundo contemporáneo”. Las analogías con la hechicería no pueden evitarse, más aún si se asoman todas sus consecuencias prácticas. Algunas de ellas justamente fueron previstas, a pesar de su anacronía, por Veblen.

Algo que puede evidenciarse con motivo de esta indagación sobre la política de la experticia, a cualquier nivel que se le interrogue, es el carácter de la elaboración de políticas en América Latina. Ella expresa que la producción y reproducción de la política económica no ha sido un proceso simplemente moldeado por decisiones técnicas sino que también las políticas económicas han sido condicionadas por las perspectivas de equipos –*view's teams*– de la sociedad y de la política (Conaghan, Malloy y Abugattas, 1990, 27). Todavía hay política; aún en la experticia³⁸.

Desenlaces

Valdría la pena recalcar que sobre el tríptico elitismo intelectual corporativo es posible encontrar un consenso relativo que ilumina potenciales caminos por los cuales transitar en la pluralidad de las relaciones entre política y experticia.

La variedad de las narrativas presentes en los estudios permiten tener una conciencia holística y transversal de la complejidad del problema. Singularmente, las últimas investigaciones llaman la atención por su referencia especial y reiterada al hecho de poder contar con la dimensión de la intelectualidad desde el concepto de *élites*. Este es un reclamo reiterado para complementar la esencia constitutiva de la relación política

38. Para un examen actualizado de la literatura con énfasis en la producción latinoamericana, cfr. Estrada Álvarez (2005). Existe versión digital disponible en línea: http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=/data/Col_Int_No.62/o6_Rev_62.pdf

de la experticia en su magnitud corporativa, los procesos de organización corporativa de las ideas.

Miguel Ángel Centeno, una voz autorizada en el tema, ha reunido nuestras intenciones sobre la tecnocracia a partir de la construcción de un tipo ideal –a la manera de Weber– que posibilite la comprensión del fenómeno. Como vimos, las tentativas han expresado lo diverso que resulta el problema y las problemáticas que de allí se derivan. Sin embargo, hemos reiterado nuestro objetivo de proponer un marco que trate de generalizar e integrar los estudios sobre sus tres condiciones de inteligibilidad, tratando de incorporar sus lógicas, legitimidades y racionalidades tan sólo como una alternativa analítica ponderada.

Del mismo modo, siguen rondando algunas inquietudes: cuando hablamos de la tecnocracia, ¿se trata del simple “gobierno de los técnicos” o “del gobierno de la técnica”? En las nuevas condiciones, ¿habría que avanzar hacia una concepción de tecnopolitocracia?³⁹ La técnica por sí sola no funciona sin un proceso de legitimación social del saber, el conocimiento y las racionalidades legítimas; un proceso de “construcción social” de tales apoyos: los técnicos no gobiernan por sí mismos. Ubicar la naturaleza del poder, en un sentido relacional, sería irrenunciable para alcanzar los propósitos analíticos. Pero, ¿de qué tipo de experticia hablamos?, ¿qué modo?, ¿cuáles modalidades? Sin lugar a dudas, preguntas que en la presentación aislada de los acontecimientos quedarían sin respuesta o simplemente a medio camino.

Otro problema que se detecta, por ejemplo, únicamente entendiendo los múltiples análisis desde la tecnocracia es la exposición particularmente unívoca y especialmente del tipo *top-down*. No se comprenden los procesos políticos de cooperación ni los procesos de implementación en el caso de las reformas. Tampoco se avista cómo se desempeñan los diversos niveles de las figuras intelectuales o cómo se explican las jerarquías entre ambos (i.e., ¿sería posible tener al mismo tiempo *technopols* y *money-doctors*?, ¿cuándo hablamos de *think-tanks* y cuándo es posible referirnos a equipos de diseño de políticas? ¿Cómo explicar los procesos de circulación entre ellos –como lo proponen, entre otros, Centeno y Babb– o la posibilidad de contra-élites?).

Pensamos que estos y otros interrogantes, por supuesto, deben derivarse en alerta, conforme crece el interés por la problemática y se amplían los términos, usos, herramientas e instrumentos de la discusión, y al

39. Desde las reformas estructurales en América Latina se ha propuesto esta designación aludiendo al “poder de los tecnopolíticos”. Puello-Socarrás et al (2005, 115).

mismo tiempo, se recogen nuevas evidencias, argumentos y justificaciones; se recolectan datos y se reconstruyen informaciones.

Sin embargo, consideramos que la teoría contemporánea de las élites –justamente, la matriz temática de la polémica– aporta en este sentido poderosísimas sugerencias alrededor de los límites y posibilidades que hemos resumido frente al análisis. Es más, nuestras pretensiones han podido obtener progresivamente más y mejores resultados⁴⁰. Con seguridad, articular las diferentes premisas que han sido generadas pacientemente, serían con seguridad tema de otro artículo.

Este ejercicio ha querido confirmar, pues, la proximidad teórico-práctica de los estudios de caso, formales y empíricos, de análisis teóricos y conceptuales que han convergido sobre dos puntos: primero, el triple fenómeno de la política de la experticia como elitismo intelectual corporativo; y, segundo, tal y como se ha insistido, teniendo como “plano consistente” la experticia, el instrumento analítico que debe incorporarse sería el de *élite intelectual*, base nocional y marco cognoscitivo para profundizar en la diversidad de designaciones con el objetivo de enfrentar la heterogeneidad de narrativas, su contenido político y la naturaleza del poder.

Bibliografía

- Abbott, Andrew. *The System of Professions: An Essay on the Division of Expert Labor*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.
- Amin, Samir. *Los fantasmas del capitalismo: una crítica de las modas intelectuales contemporáneas*, Bogotá, El Áncora, 1999.
- Babb, Sarah. “Del nacionalismo al neoliberalismo: el ascenso de los nuevos ‘money doctors’ en México”, en Jairo Estrada Álvarez (ed.), *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Bogotá, Unibiblios, 2005.
- “The rise of the new money doctors in Mexico”, en: Gerald Epstein (ed), *Financialization and the World Economy*, Northampton, Edward Elgar Publishing, 2005.
 - *Managing Mexico: Economists from Nationalism to Neoliberalism*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- Bachrach, Peter. *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, [1967] 1973.
- Benda, Julien. *La trahison des clercs*, París, Grasset, 1927.

40. Específicamente y de manera inédita para el caso colombiano, vale la pena reseñar el interés incremental que ha cobrado este tema desde diferentes temáticas y escalas en relación con la historia económico-política en la década de los noventa. Estrada Álvarez (2005).

- Bourdieu, Pierre. *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, [1986] 1988.
- Buchanan, James. *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan*, Chicago, University of Chicago Press, 1975.
- Burnham, James. *La revolución de los directores*, Buenos Aires, Suramérica, 1957.
- Centeno, Miguel Ángel y Patricio Silva (eds.). *The politics of expertise in Latin America*, Nueva York, St. Martin's Press, 1997.
- Centeno, Miguel Ángel. *The new Científicos: Technocratic politics in México, 1970-1990*, disertación doctoral, Yale University, 1990.
- “The new Leviathan: The dynamics and limits of technocracy”, en *Theory and society*, v. 22, n° 3, 1993.
- Conaghan, Catherine M. “A deficit of democratic authenticity: political linkage and the public in Andean polities” en *Studies in comparative International Development*, v 31, n° 3, 1996.
- “Stars of the Crisis: The Ascent of Economists in Peruvian Public Life” en Miguel Centeno y Patricio Silva (eds), *The Politics of Expertise in Latin America*, Londres, Macmillan, 1998.
 - “The rise and fall of neoliberals”, Seminario Internacional “Élites, poder y política en América Latina: el papel de los intelectuales”, Universidad Nacional de Colombia-Universidad de los Andes, Bogotá, mayo 2, 3 y 4 de 2005.
- Conaghan, Catherine y James Malloy. *Unsettling statecraft: Democracy and neoliberalism in the Central Andes*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1994
- Conaghan, Catherine, James Malloy y Luis Abugattas. “Business and the boys: Politics of the neoliberalism in the Central Andes” en *Latin American Research Review*, v 25, 1990.
- Dávila Ladrón de Guevara, Carlos. *Dominant classes and elites in economic development: a comparative study in eight urban centers in Colombia*, Michigan, Xerox University Microfilms, 1976.
- De Solla Price, Derek. *Little science, big science... and beyond*, Columbia, Columbia University Press, 1963.
- De Venanzi, Augusto. *Globalización y corporación: el orden social en el siglo XXI*, Caracas, Anthropos, 2002.
- Dezalay, Yves y Bryant Garth. *La internacionalización de las luchas por el poder*, Bogotá, Unibiblos, 2002.
- Diggins, John P. *El bardo de salvajismo: Thorstein Veblen y la teoría social moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, [1978] 1983.
- Domínguez, Jorge. *International trade and finance: new frontiers for research. Essays in honor of Peter B. Kenen*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997a.
- *Technopols: freeing politics and markets in Latin America in 1.990's*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1997b.

- Drake, Paul. "The Money Doctors: Foreign advisers and Foreign Debts in Latin America", en *North American Congress on Latin America* (NACLA), v XXXI, n° 3, 1997.
- Estrada Álvarez, Jairo (ed.). *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Bogotá, Unibiblios, Universidad Nacional, Convenio Andrés Bello, Colciencias, 2005.
- Estrada Álvarez, Jairo y José Francisco Puello-Socarrás. "Élités, intelectuales y tecnocracia: calidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual", en *Colombia Internacional*, n° 62, Bogotá, Universidad de los Andes, julio-diciembre de 2005.
- Friedman, Milton. "La metodología de la economía positiva" en F. Hahn y M. Mollis (eds.), *Filosofía y teoría económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- García-Pelayo, Manuel. *Burocracia y tecnocracia y otros escritos*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- Grindle, Merilee S. *Audacious Reforms: Institutional Invention and Democracy in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2000.
- "Designing reform: problems, solutions and politics", Boston, Faculty Research Working Papers Series, John F. Kennedy School of Government, Harvard University, 2000.
 - "Power, expertise and the 'técnico': suggestions from a Mexican case study" en *Journal of Politics*, n° 39, 1997.
- Guattari, Jean Félix. *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
- "Regímenes, vías y sujetos" en Jonathan Crary y Sanford Kwinter, *Incorporaciones*, Barcelona, Cátedra, 1992.
- Habermas, Jürgen. *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1992.
- Hall, Peter. "Policy paradigm, social learning and the state: the case of the economic policy-making in Britain", en *Comparative Politics*, v 25, n° 3, 1993.
- Hirschman, Albert. *Journeys toward progress. Studies of economic policy-making in Latin America*, Nueva York, Twentieth Century Fund, 1963.
- Jobert, Bruno. "El Estado en acción. La contribución de las políticas públicas" en *Revista Tecnología Administrativa*, v XI, n° 23, 1997.
- Kingdon, John. *Agendas, Alternatives and Public Policies*, Boston, Little Brown, 1984.
- Laclau, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, [1977] 1986.
- Lindau, Juan. "Technocrats and Mexico's political elite" en *Political Science Quarterly*, n° 2, 1996.
- Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Barcelona, Planeta, [1979] 1993.
- Majone, Giandomenico. *Evidencia, argumentación y persuasión en la formulación*

- de políticas*, México, Fondo de la Cultura Económica, [1989] 2000.
- Markoff, Jonathan y Verónica Montecinos. “The ubiquitous rise of Economists”, en *Journal of Public Policy*, v 13, n° 1, 1993.
- Mayntz, Renate. *Sociología de la organización*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.
- Meynaud, Jean. *La tecnocracia: mito o realidad*, Madrid, Tecnos, [1964] 1968.
- Montesinos, Verónica. “Economic policy elites and democratization”, en *Studies in comparative internacional development*, v 28, n° 1, 1993.
- Morales Camarena, Francisco. *La tecnocracia en México: las actitudes políticas de los funcionarios públicos*, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, Cambio XXI, 1994.
- Mosca, Gaetano. *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica, [1897] (1995).
- Muller, Pierre. “L’analyse cognitive des politiques publiques. Vers une sociologique politique de la action publique”, Séminaire Mutation de l’Etat dans la société post-industrielle, París, 4 de noviembre, 2003.
- Naím, Moisés. “The launching of radical policy changes 1.989-1.991”, en Joseph Tulchin y Gary Bland, *Venezuela in the wake of radical reform*, Boulder, Lynne Rienner, 1993.
- Nelson, Joan. *Economic crises and policy choice: The politics of adjustment in the Third World*, Princeton, Princeton University Press, 1990.
- Oakeshott, Michael. *La política de la fe y la política del optimismo*, México, Fondo de Cultura Económica, [1996] 1998.
- Orozco, José Luis. “La condición pragmática de la inteligencia política” en *Casa del Tiempo*, n° 10, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1999.
- Palacios, Marco. *De populistas, mandarines y violencia*, Bogotá, Planeta, 2001.
- Parraguéz Kobek, María Luisa. “Los intelectuales corporativos y los *think tanks* del nuevo milenio”, en José Luis Orozco y Consuelo Dávila (eds.), *Globalismo e inteligencia política*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Plehwe, Dieter. “Globalización capitalista, élites de poder y redes neoliberales” en Jairo Estrada Álvarez (ed.), *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Bogotá, Unibiblios, 2005.
- Popper, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Poulantzas, Nicos. *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, [1979] 1980.
- Prelot, Marcel. *La ciencia política*, Buenos Aires, Editorial Tupac-amarú, 1961.
- Puello-Socarrás, José Francisco. *Nueva Gramática del Neo-liberalismo. Itinerarios teóricos, trayectorias intelectuales, claves ideológicas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- “La dimensión cognitiva en las políticas públicas. Interpelación politológica”, en *Revista de Ciencia Política*, n° 3, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, enero-junio de 2007.
 - “Estado o mercado: ¿entre Gournay y Lenin? La eterna disyuntiva entre

- el dejar hacer y el qué hacer”, en *Espacio crítico*, n° 3, Bogotá, 2005.
- “Élites, elitismo, neolitismo: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual”, en *Espacio crítico*, n° 2, Bogotá, 2005.
- Puello-Socarrás, José Francisco y Andrés Felipe Mora. “Economía política y política económica en el discurso transnacional de las élites intelectuales y las reformas estructurales” en Jairo Estrada Álvarez (ed.), *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Bogotá, Unibiblios, 2005.
- Rabadán, Eliseo. “Pax americana y paz fría en los planes o proyectos o prolepsis imperialista: casos de México y Centroamérica”, en *El Catoblepas*, n° 18, 2003
- Radaelli, Claudio. “The public policy of the European union: ¿whither politics of expertise?”, en *Journal of European Policy*, v 6, n° 5, 1999.
- Roth Dubiel, André-Nöel. *Políticas públicas: formulación, implementación y evaluación*, Bogotá, Aurora, 2003.
- Sabatier, Paul y H. Jenkins-Smith (eds.). *Policy change and learning*, Boulder Co, Westview Press, 1993.
- Sabatier, Paul y Edella Schlager. “Approches cognitives: perspectives américaine” en *Revue Française de Science Politique*, v 50, n° 2, 2000.
- Sabatier, Paul. “An advocacy coalition framework of policy change and the role of policy-oriented learning therein” en *Policy Sciences*, n° 21, 1998.
- Said, Edgard. *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós Studio, [1994] 1996.
- Sassen, Saskia. “Nueva geografía política. Un nuevo campo transfronterizo para actores públicos y privados” en Jairo Estrada Álvarez (comp). *Marx vive: Dominación, crisis y resistencias en el nuevo orden capitalista*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2003.
- Schmitt, Carl. *La dictadura: desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*, Madrid, Alianza, 1985.
- Schmitt, Vivien y Claudio Radaelli. “Policy Change and Discourse in Europe: Conceptual and Methodological Issues” en *West European Politics*, v 27, n°2, 2004.
- Shils, Edward Albert. *Los intelectuales y el poder*, Buenos Aires, Tres Tiempos, 1974.
- Smith, Peter. *Los laberintos del poder: el reclutamiento de las élites políticas en México*, México, Siglo XXI, 1986.
- Sohn-Rethel, Alfred. *Trabajo material y trabajo manual. Una revolución en el ámbito de la filosofía marxista. Un primer esbozo para una teoría materialista del conocimiento*, Barcelona, El Viejo Topo, 1979.
- Soto, Hernando de. *Caminando el otro sendero*, Bogotá, Fundes, 1990.
- Surel, Yves. “L’integration européenne vue par l’approche cognitive et normative des politiques publiques”, en *Revue Française de Science politique*, v 50, n° 2, 2000.
- Valdes, Juan Gabriel. *Pinochet’s economists: the Chicago school in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

- Van der Pijl, Kees. "The second Glorious revolution: Globalizing elites and historical change" en Björn Hettne (ed), *International Political Economy. Understanding global disorder*, Halifax, Fernwood, 1995.
- Vattimo, Gianni. *Crear que se cree*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1996.
- Veblen, Thorstein. *The higher learning in America: A memorandum of the conduct of Universities by Business men*, New Yersey, Transaction Publishers, [1918] (2003).
- Weber, Max. *El político y el científico*, Barcelona, Ediciones Altaya, [1919] 1995.
- Weible, Christopher, Paul A. Sabatier y Mark Lubell. "A Comparison of a Collaborative and Top-Down Approach to the Use of Science in Policy: Establishing Marine Protected Areas in California", en *The Policy Studies Journal*, v 32, n° 2, 2004.
- Williamson, John. *The political economy of policy reform*, Washington, Institute for International Economics, 1994.
- Žižek, Slavoj. *El espinoso sujeto: el centro ausente de la antología*, Buenos Aires, Paidós, 2001.